



Introducción a la semana

La Semana litúrgicamente empieza fuerte, con la solemnidad de los apóstoles Pedro y Pablo. Antes fiesta de precepto en muchos sitios, hoy sólo en algunos. Con la semana empezamos, pues, una reflexión sobre la Iglesia. Sobre la estructura jerárquica de la Iglesia que representa el primer vicario de Cristo, san Pedro; y sobre el carisma misionero de acercamiento al mundo, que representa el apóstol de los gentiles, san Pablo. Dimensiones que se complementan, se estimulan y ofrecen en conjunto la imagen de lo que es la Iglesia. El viernes se celebrará la fiesta del apóstol Tomás, el incrédulo, que vivía un poco al margen del grupo de los apóstoles, por lo que no participa inicialmente de la experiencia de la resurrección. La lectura continua sigue con la historia de Abraham hasta su muerte, y continúa con la de Isaac, su hijo. Llega ya a presentar a Isaac envejeciendo y pensando en la herencia. Episodios en los que se manifiesta el etnocentrismo del pueblo judío, así como la disponibilidad de Abraham a someterse a lo que Dios le diga, incluso a sacrificar a su hijo, y las manipulaciones de Jacob (Israel) para hacerse con la bendición y la herencia paterna. Las lecturas evangélicas presentan distintos episodios del caminar de Jesús por Galilea: milagros, reconveniones a los discípulos, diferencias con los fariseos. Introducirnos en un mes veraniego, como julio, no debe apartarnos de seguir día a día atentos a lo que Palabra de Dios nos dice. Eso supone dar densidad al día. Algo que se ha de valorar también en el verano, que se muestra como tiempo de cierta frivolidad.

Lun
29
Jun
2009

Evangelio del día

Decimotercera Semana del Tiempo Ordinario
Hoy celebramos: Santos Pedro y Pablo (29 de Junio)

“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 12, 1-11

EN aquellos días, el rey Herodes decidió arrestar a algunos miembros de la Iglesia para maltratarlos. Hizo pasar a cuchillo a Santiago, hermano de Juan.

Al ver que esto agradaba a los judíos, decidió detener también a Pedro. Eran los días de los Ácimos. Después de prenderlo, lo metió en la cárcel, entregándolo a la custodia de cuatro piquetes de cuatro soldados cada uno; tenía intención de presentarlo al pueblo pasadas las fiestas de Pascua.

Mientras Pedro estaba en la cárcel bien custodiado, la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él. Cuando Herodes iba a conducirlo al tribunal, aquella misma noche, estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, atado con cadenas. Los centinelas hacían guardia a la puerta de la cárcel.

De repente; se presentó el ángel del Señor, y se iluminó la celda. Tocando a Pedro en el costado, lo despertó y le dijo: «Date prisa, levántate».

Las cadenas se le cayeron de las manos, y el ángel añadió:

«Ponte el cinturón y las sandalias».

Así lo hizo, y el ángel le dijo:

«Envuélvete en el manto y sígueme».

Salió y lo seguía, sin acabar de creerse que era realidad lo que hacía el ángel, pues se figuraba que estaba viendo una visión. Después de atravesar la primera y la segunda guardia, llegaron al portón de hierro que daba a la ciudad, que se abrió solo ante ellos. Salieron y anduvieron una calle y de pronto se marchó el ángel.

Pedro volvió en sí y dijo:

«Ahora sé realmente que el Señor ha enviado a su ángel para librarme de las manos de Herodes y de toda la expectación del pueblo de los judíos».

Salmo

Sal 33, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9 R/. El Señor me libró de todas mis ansias.

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloría en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. R/.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.

Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias. R/.

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
El afligido invocó al Señor, él lo escuchó
y lo salvó de sus angustias. R/.

El ángel del Señor acampa
en torno a quienes lo temen y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él. R/.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo 4, 6-8. 17-18

Querido hermano:

Yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente.

He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe.

Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que hayan aguardado con amor su manifestación.

Mas el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas para que, a través de mí, se proclamara plenamente el mensaje y lo oyeran todas las naciones. Y fui librado de la boca del león.

El Señor me libraré de toda obra mala y me salvará llevándome a su reino celestial.

A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 16, 13-19

En aquel tiempo, al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos:

«¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?».

Ellos contestaron:

«Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas».

Él les preguntó:

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?».

Simón Pedro tomó la palabra y dijo:

«Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo».

Jesús le respondió:

«¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos.

Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos».

Reflexión del Evangelio de hoy

El texto del evangelio es el que viene a dar sentido a la fiesta. Pedro es constituido como la piedra sobre la que Cristo edifica su Iglesia. Dejemos de lado la autenticidad si son palabras exactas de Jesús o palabras reinterpretadas por las comunidades cristianas que fundamentan un hecho manifiesto: Pedro asume una responsabilidad especial entre los apóstoles, que no se la pudo otorgar él, ni se la otorgaron, sino que reconocieron, los otros apóstoles. Es manifiesto que Cristo decidió que su obra se continuara en esa comunidad que se llama Iglesia. De ella no va a estar ausente ni él ni el Espíritu Santo a lo largo de la historia. Los comienzos fueron duros: he suprimido en las dos primeras lecturas lo que se apunta de encarcelamiento y persecuciones. He resaltado que en medio de esas duras circunstancias Pedro y Pablo sintieron la ayuda de Dios. Pablo dice que el Señor seguirá librándome de todo mal: Ni a él ni a Pedro les libró del martirio. En ese martirio alcanzaron el triunfo que habían conseguido tras las persecuciones. Esa es la Iglesia: no existe para ser aplaudida, sino para, como Pablo, presentar íntegro el mensaje. Éste no va a ser siempre bien aceptado, traerá desprecios, persecuciones hacia quien lo propone; Dios no fallará. Ni Pedro ni Pablo sustituyen a Dios, a Cristo, como tampoco el Papa. Pedro no es sucesor de Cristo, es su vicario o representante. No él único, Cristo se hace presente en todos especialmente en los más necesitados. Por eso hemos de agradecer el servicio del ministerio del Papa. Sobre todo hemos de amar a la Iglesia. Incluso aunque en ella encontremos aspectos que no nos gusten. Amar no a la Iglesia en general. sino a la Iglesia de hoy, con sus glorias y defectos.



Fray Juan José de León Lastra
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Santos Pedro y Pablo

«El día de hoy es para nosotros sagrado, porque en él celebramos el martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo. No nos referimos a unos mártires desconocidos. A toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje. Estos mártires, en su predicación, daban testimonio de lo que habían visto y, con un desinterés absoluto, dieron a conocer la verdad hasta morir por ella.»

Así se expresaba San Agustín en un sermón que hoy nos transcribe la Liturgia de las Horas.

Simón, llamado Pedro

Parece un hombre sencillo, de una pieza. Y, sin embargo, es de una complejidad inaferrable. No en vano tiene dos nombres: uno se lo dio su familia, allá en Betsaida; el otro lo recibió de Jesús. El primero venía de la tierra. El segundo se lo dio aquel que era la piedra angular cantada por los salmos (Mc 12, 10).

Simón es el prototipo del seguidor del Señor. Quizá por eso se nos muestra como un hombre continuamente sometido a la prueba. Su vida parece marcada por tres momentos importantes. La hora de la llamada. La hora de la pregunta. La hora de la huida y del retorno.

La hora de la llamada

[...] El relato de la vocación de Pedro parece concebido según un esquema de tres momentos. Un punto de partida: dejar las redes, la barca, la familia. Un punto de llegada: ser pescadores de hombres. Y una invitación que marca el camino: «venid conmigo».

No se pueden dejar las redes sin haber vislumbrado algo importante. Jesús lo subrayará en la parábola del tesoro y de la perla, Será difícil dejar las redes si uno no ha descubierto para qué las deja, es decir, el sentido último de la llamada.

Simón es pescador y Jesús lo llama a ser pescador de hombres. El Señor llama y pide conservar el talante y los talentos, pero con el fin de ponerlos al servicio de una nueva misión.

Tanto el dejar las redes como el ser pescadores de hombres tienen un eje, un punto de apoyo: Estar con él. Sin esa intimidad no es posible ser pescador de hombres.

La hora de la pregunta

Como todos los demás, lo siguió también hasta Cesarea de Filipo. Las fuentes del Jordán brotan allí de la roca, bajo el templete del dios Pan. Es aquél un buen lugar para el reposo. En aquel escenario, Jesús formula a sus discípulos una doble pregunta, semejante pero diversa. «¿Quién dice la gente que soy yo?» La gente ya ha advertido su presencia y lo reconoce como un profeta, equiparable a los antiguos. Pero él insiste: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» En nombre de todo el grupo, Pedro lo confiesa como el Mesías o el Cristo, el Hijo del Dios viviente (cf, Mt 16, 16).

A la primera pregunta responden con la simple información. La segunda requiere la confesión del creyente. En aquella respuesta se encerraba toda la plenitud de la fe cristiana, como irán descubriendo los seguidores de Jesús después de su resurrección.

Jesús contesta a Pedro con una bienaventuranza que a todos los cristianos nos gustaría hacer nuestra: 'Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonas, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mt 16, 17). Son dichosos los que han recibido de Dios el don de esa certeza, que no se debe a evidencias inmediatas.

[...] La vida de Simón está marcada por la más radical de las preguntas: «¿Quién decís que soy yo?» Pero esa pregunta es también la que decide la orientación de la vida de todos los creyentes.

La hora de la huida y del retorno

[...] Pedro es el prototipo de los seguidores del Señor. En él encuentran éstos el frescor de la llamada y la radicalidad de quien lo deja todo, el entusiasmo del neófito y la hospitalidad del creyente, las dudas de la noche del espíritu y el fulgor de los días de gloria, las promesas más ingenuas y el desengaño de las propias caídas, la huida y el reencuentro, el miedo y el valor para anunciar la vida del Maestro, la identificación con su misión y la aceptación de su propia suerte.

Todo cristiano se ha visto alguna vez reflejado en Simón Pedro. En la generosidad o en la cobardía, en el fervor o en el llanto, en la intrepidez o en el hundimiento. Pero, sobre todo, en la fe de quien descubre a su Señor resucitado y lo anuncia con una fuerza que ya no proviene de la propia debilidad.

Saulo, llamado Pablo

Saulo (Saúl) pertenecía a la tribu de Benjamín. Nació en Tarso de Cilicia en los primeros años de nuestra era. Sabemos que, siendo todavía «joven» presencié y aprobé la lapidación de Esteban, hacia el año 36, y que ya se consideraba anciano cuando escribía a Filemón desde Roma, entre los años en torno al año 60.

Su puesto es definitivo en la marcha de las primeras comunidades cristianas. Y su figura es gigantesca y polifacética, como persona y como creyente.

En cuanto persona admiramos la riqueza que le daba su pertenencia a tres culturas: era hebreo de raza y religión; conocía la lengua y el estilo de las ciudades helenistas y poseía, en fin, la ciudadanía romana. Al asumir en Chipre el nombre de Paulo –Pablo–, aquel hombre levantaba acta de aquellas pertenencias. Ese caudal le abriría muchas puertas.

En cuanto creyente, sabemos que fue un celoso judío, perteneciente al grupo de los fariseos, y que, una vez convertido, habría de ser un apasionado seguidor del Mesías Jesús.

El testigo

Pablo, que se considera a sí mismo como el "abortivo" y «el menor de los apóstoles (1Co 15, 8-9), recorre las ciudades anunciando la salvación por medio de la fe en el Mesías Jesús. Entretanto, escribe a las comunidades para continuar su predicación y dar solución a los problemas que se van presentando. Y les recuerda el mensaje que recibió y que procura transmitir con fidelidad:

«Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os prediqué, que habéis recibido y en el cual permanecéis firmes, por el cual también sois salvados, si lo guardáis tal como os lo prediqué... Si no, ¡habrías creído en vano! Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales todavía la mayor parte viven y otros murieron. Luego se apareció a Santiago; más tarde, a todos los apóstoles. Y en último término se me apareció también a mí, como a un abortivo. Pues yo soy el último de los apóstoles: indigno del nombre de apóstol, por haber perseguido a la Iglesia de Dios. Mas, por la gracia de Dios, soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo. Pues bien, tanto ellos como yo, esto es lo que predicamos; esto es lo que habéis creído» (1Co 15, 1-11).

El procurador Festo no entendió mucho de lo que se acusaba a Pablo. Pero lo que entendió era el núcleo de su vida y de su mensaje. Sabía que los judíos «solamente tenían contra él unas discusiones sobre su propia religión y sobre un tal Jesús, ya muerto, de quien Pablo afirma que vive» (Hch 25, 19).

Las discusiones sobre su religión no se limitaban al terreno ritual. Pablo sabía y predicaba que la Ley de Moisés no podía salvar al hombre y que la salvación le venía por la fe en el Mesías Jesús. De ahí, la universalidad de su mensaje. Por otra parte, la afirmación de la resurrección de aquel Jesús que predicaba era fuente de vida, de esperanza y de compromiso moral para él y para todas las comunidades que fundaba y apoyaba.

Esas dos convicciones, que mantenían su camino y alentaban su misión, le hacían escribir a los fieles de Galacia: «Yo por la ley he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios: con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí. No tengo por inútil la gracia de Dios, pues si por la ley se obtuviera la justificación, entonces hubiese muerto Cristo en vano, (Ga 2, 19-21).

Apoyado en esa fe y esa certeza emprendería su último viaje, superaría un naufragio, llegaría a Roma y allí entregaría su vida por el Evangelio que había recibido y tan generosamente había difundido.

Las columnas de la Iglesia

Pedro y Pablo son las columnas de la Iglesia. Por caminos a veces paralelos y a veces divergentes, pero guiados por un mismo Espíritu, extendieron el Evangelio entre los judíos y entre los paganos.

En el prefacio de la misa de hoy se alaba a Dios por esta unidad en la diversidad:

«En los apóstoles Pedro y Pablo
has querido dar a tu Iglesia un motivo de alegría:
Pedro fue el primero en confesar la fe;
Pablo, el maestro insigne que la interpretó;
aquél fundó la primitiva Iglesia con el resto de Israel,
éste la extendió a todas las gentes.
De esta forma, Señor, por caminos diversos,
los dos congregaron la única Iglesia de Cristo,
y a los dos, coronados por el martirio,
celebra hoy tu pueblo con una misma veneración.»

Pedro y Pablo comprendieron que el mensaje evangélico no podía quedar encerrado en Jerusalén. Ambos fueron testigos del florecimiento de la comunidad de Antioquía de Siria y leyeron con ojos de fe los «signos de los tiempos» que allí les invitaban a buscar más amplios horizontes para el nombre y la vida de los cristianos.

En Roma anunciaron el Evangelio y en Roma dieron el último testimonio de Cristo con su propia muerte. El sepulcro de Pedro es venerado en la basílica Vaticana y el de Pablo en la basílica Ostiense.

En el oficio de lecturas de esta fiesta, leemos y meditamos con gusto la vibrante exhortación de San Agustín: «En un solo día celebramos el martirio de los dos apóstoles. Es que ambos eran en realidad una sola cosa, aunque fueran martirizados en días diversos. Primero lo fue Pedro, luego Pablo. Celebramos la fiesta del día de hoy, sagrado para nosotros por la sangre de los apóstoles. Procuremos imitar su fe, su vida, sus trabajos, sus sufrimientos, su testimonio y su doctrina».

José -Román Flecha Andrés

Mar
30
Jun
2009

Evangelio del día

Decimotercera Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“¿Quién es éste? ¡Hasta el viento y el agua le obedecen!”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 19,15-29:

En aquellos días, los ángeles urgieron a Lot: «Anda, toma a tu mujer y a esas dos hijas tuyas, para que no perezcan por culpa de Sodoma.»

Y, como no se decidía, los agarraron de la mano, a él, a su mujer y a las dos hijas, a quienes el Señor perdonaba; los sacaron y los guiaron fuera de la ciudad.

Una vez fuera, le dijeron: «Ponte a salvo; no mires atrás. No te detengas en la vega; ponte a salvo en los montes, para no perecer.»

Lot les respondió: «No. Vuestro siervo goza de vuestro favor, pues me habéis salvado la vida, tratándome con gran misericordia; yo no puedo ponerme a salvo en los montes, el desastre me alcanzará y moriré. Mira, ahí cerca hay una ciudad pequeña donde puedo refugiarme y escapar del peligro. Como la ciudad es pequeña, salvaré allí la vida.»

Le contestó: «Accedo a lo que pides: no arrasaré esa ciudad que dices. Aprisa, ponte a salvo allí, pues no puedo hacer nada hasta que llegues.»

Por eso la ciudad se llama La Pequeña. Cuando Lot llegó a La Pequeña, salía el sol. El Señor, desde el cielo, hizo llover azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra. Arrasó aquellas ciudades y toda la vega con los habitantes de las ciudades y la hierba del campo. La mujer de Lot miró atrás y se convirtió en estatua de sal. Abrahán madrugó y se dirigió al sitio donde había estado con el Señor. Miró en dirección de Sodoma y Gomorra, toda la extensión de la vega, y vio humo que subía del suelo, como el humo de un horno. Así, cuando Dios destruyó las ciudades de la vega, arrasando las ciudades donde había vivido Lot, se acordó de Abrahán y libró a Lot de la catástrofe.

Salmo

Sal 25,2-3.9-10.11-12 R/. Tengo ante los ojos, Señor, tu bondad

Escrútame, Señor, ponme a prueba,
sondea mis entrañas y mi corazón,
porque tengo ante los ojos tu bondad,
y camino en tu verdad. R/.

No arrebatas mi alma con los pecadores,
ni mi vida con los sanguinarios,
que en su izquierda llevan infamias,
y su derecha está llena de sobornos. R/.

Yo, en cambio, camino en la integridad;
sálvame, ten misericordia de mí.
Mi pie se mantiene en el camino llano;
en la asamblea bendeciré al Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 8,23-27

En aquel tiempo, subió Jesús a la barca, y sus discípulos lo siguieron. De pronto, se levantó un temporal tan fuerte que la barca desaparecía entre las olas; él dormía.

Se acercaron los discípulos y lo despertaron, gritándole: «¡Señor, sálvanos, que nos hundimos!»

Él les dijo: «¡Cobardes! ¡Qué poca fe!»

Se puso en pie, increpó a los vientos y al lago, y vino una gran calma.

Ellos se preguntaban admirados: «¿Quién es éste? ¡Hasta el viento y el agua le obedecen!»

Reflexión del Evangelio de hoy

“Ponte a salvo: no mires atrás.”

Ayer hemos leído el “regateo” de Abrahán con Yahveh, intentando salvar a las ciudades en atención a los justos que pudieran vivir en ella. Llegó hasta diez, pero ni siquiera este reducido número se encontró. Era general la apostasía y rebeldía de aquellos pueblos.

Cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo nacido de mujer, y entonces por aquel único Justo, fuimos todos salvados de la perdición eterna.

La salvación es siempre obra de Dios. Ciertamente que a nosotros nos corresponde el salir del peligro, el huir de las ocasiones, el no pactar con el mal. Y eso con urgencia, sin volver la mirada hacia atrás, porque ya estamos advertidos: “Nadie que ponga su mano en el arado y mire atrás, es apto para el Reino de Dios” (Lc. 9,62)

Lot y su familia se resistían a dejarlo todo, por eso los ángeles les cogen de la mano, y los guían fuera de la ciudad. Era urgente, pues Dios quería salvarlos, eran justos.

También para nosotros puede ser urgente y decisivo el aceptar la gracia de la conversión. El poder del mal ha sido vencido por Jesucristo. Hemos recibido un bautismo de Espíritu Santo y fuego, el mal ha sido borrado de nuestro corazón. Mantengámonos en el camino recto, y en la asamblea bendigamos al Señor. Aprendamos de San Pablo: “... Olvido lo que dejó atrás, y me lanzo a lo que está por delante, corro hacia el premio a que Dios me llama...”

“¡Señor, sálvanos que nos hundimos!”

Qué majestad, qué gloria y poderío el de Jesús: duerme tranquilo, y calla mientras la barca es azotada por la tempestad. Los discípulos que le han seguido, se asustan ante el peligro de hundirse, se le acercan y a gritos le despiertan: “¡Señor, sálvanos, que nos hundimos!”.

El seguir a Jesús no significa verse libre de contratiempos y dificultades, siempre se corre un riesgo. Jesucristo está en nuestro corazón, en nuestra vida, nos lo prometió, y cada día lo hace realidad. Pero en ocasiones calla, parece dormir. Es entonces cuando tenemos que avivar la fe, que significa fiarnos de Él, que sabemos que nos ama y de todo puede sacar un bien: para nosotros y para la Iglesia, que en definitiva es la barca que Él dirige con su Espíritu Santo y en la que todos caminamos al encuentro del Padre. Cuando arrecian las tempestades y todas las fuerzas del mal parecen dispuestas a hundirla, clamemos en nombre de todos: ¡Sálvanos! Y Él, que es dueño de todas las situaciones, increpará a los “vientos”, y se hará una gran calma. Y nosotros, que sabemos quién es Jesús, entonaremos un canto de alabanza y bendición adorando admirados su grandeza y poder.



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicas
Palencia

Mié

1

Jul

2009

Evangelio del día

Decimotercera Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“Si nos echas, mándanos a la piara”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 21,5.8-20

Abrahán tenía cien años cuando le nació su hijo Isaac. El chico creció, y lo destetaron. El día que destetaron a Isaac, Abrahán dio un gran banquete. Pero Sara vio que el hijo que Abrahán había tenido de Hagar, la egipcia, jugaba con

Isaac, y dijo a Abrahán: "Expulsa a esa criada y a su hijo, porque el hijo de esa criada no va a repartirse la herencia con mi hijo Isaac".

Como al fin y al cabo era hijo suyo, Abrahán se llevó un gran disgusto. Pero Dios dijo a Abrahán: "No te aflijas por el niño y la criada. Haz exactamente lo que te dice Sara, porque es Isaac quien continúa tu descendencia. Aunque también del hijo de la criada sacaré un gran pueblo, por ser descendiente tuyo".

Abrahán madrugó, cogió pan y un odre de agua, se lo cargó a hombros a Hagar y la despidió con el niño. Ella se marchó y fue vagando por el desierto de Berseba. Cuando se le acabó el agua del odre, colocó al niño debajo de unas matas; se apartó y se sentó a solas, a la distancia de un tiro de arco, diciéndose: "No puedo ver morir a mi hijo". Y se sentó a distancia. El niño rompió a llorar.

Dios oyó la voz del niño, y el ángel de Dios llamó a Hagar desde el cielo, preguntándole: "¿Qué te pasa, Hagar? No temas, que Dios ha oído la voz del niño que está ahí. Levántate, toma al niño y tenlo bien agarrado de la mano, porque sacaré de él un gran pueblo". Dios le abrió los ojos, y divisó un pozo de agua; fue allá, llenó el odre y dio de beber al muchacho. Dios estaba con el muchacho, que creció, habitó en el desierto y se hizo un experto arquero.

Salmo

Sal 33 R/. Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha

Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha
y lo salva de sus angustias.

El ángel del Señor acampa
en torno a sus fieles y los protege. R/

Todos sus santos, temed al Señor,
porque nada les falta a los que le temen;
los ricos empobrecen y pasan hambre,
los que buscan al Señor no carecen de nada. R/

Venid, hijos, escuchadme:
os instruiré en el temor del Señor;
¿hay alguien que ame la vida
y desee días de prosperidad? R/

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 8,28-34

En aquel tiempo, llegó Jesús a la otra orilla, a la región de los gerasenos. Desde el cementerio, dos endemoniados salieron a su encuentro; eran tan furiosos que nadie se atrevía a transitar por aquel camino. Y le dijeron a gritos: "¿Qué quieres de nosotros, Hijo de Dios? ¿Has venido a atormentarnos antes de tiempo?"

Una gran piara de cerdos a distancia estaba hozando.

Los demonios le rogaron: "Si nos echas, mándanos a la piara".

Jesús les dijo: "Id".

Salieron y se metieron en los cerdos. Y la piara entera se abalanzó acantilado abajo y se ahogó en el agua. Los porquerizos huyeron al pueblo y lo contaron todo, incluyendo lo de los endemoniados. Entonces el pueblo entero salió a donde estaba Jesús y, al verlo, le rogaron que se marchara de su país.

Reflexión del Evangelio de hoy

Dios y la fidelidad

Nuestro Dios es un Dios fiel. La persona humana debería corresponder con la misma moneda y ser fiel. Pero, aunque no lo sea, y no lo es con frecuencia, Dios sigue siendo fiel. "El Señor se fijó en vosotros no porque fuerais más numerosos que los demás pueblos (pues sois el más pequeño de todos) sino por el amor que os tiene y para cumplir la promesa hecha a vuestros padres... Reconoce, pues, que el Señor tu Dios es un Dios fiel" (Dt 7,7-9).

Hoy vemos la fidelidad de Dios con Abrahán, cuando humanamente hablando parecía que fuera ya imposible. Y nace Isaac, el hijo de la promesa, que dará origen a una gran descendencia. Y llena de alegría el corazón el Abrahán.

Pero Dios es fiel también con el hijo de la esclava, a pesar de que, por los celos de Sara, Abrahán se vea obligado a despedirle junto con su madre. Y, por la fidelidad de Dios, Ismael se convertirá en el padre de los ismaelitas y de los árabes.

Jesús, el liberador

Los endemoniados del Evangelio eran más que enfermos. Al sentirse poseídos por algún ser maligno, se consideraban sometidos a su poder extraordinario e inhumano. Generalmente no podían hacer nada para liberarse de aquellas ataduras.

El milagro de Jesús hoy sobre los endemoniados de Gerasa tiene rasgos que se nos escapan, y que posiblemente tengan un valor más simbólico que real. Pero, la finalidad es la misma de otras liberaciones y curaciones. Jesús se muestra superior al mal, al “malo”, y hace lo que sea por humanizar y liberar a todo aquel que pueda encontrarse esclavo del pecado, de la enfermedad o de una posesión diabólica.

Tres posturas diferentes: la de los gerasenos que lo que quieren es “sus cerdos” e invitan a Jesús a que se aleje de ellos, aunque, sin Jesús, lo que les quede sea “cementeros, endemoniados y caminos intransitables: la de aquellos que buscan “su” liberación, sin preocuparse de la de los demás, y, finalmente, la de quienes anhelan y buscan ser y sentirse libres para poder liberar más fácilmente a todo el que, de una forma u otra, pueda estar encadenado. La apuesta de Jesús está por estos últimos.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Jue
2
Jul
2009

Evangelio del día

Decimotercera Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“¿Qué es más fácil decir: tus pecados te son perdonados o decir, levántate y anda”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 22, 1-19

En aquellos días, Dios puso a prueba a Abrahán llamándole: «¡Abrahán!»

Él respondió: «Aquí me tienes.»

Dios le dijo: «Toma a tu hijo único, al que quieres, a Isaac, y vete al país de Moria y ofrécemelo allí en sacrificio en uno de los montes que yo te indicaré.»

Abrahán madrugó, aparejó el asno y se llevó consigo a dos criados y a su hijo Isaac; cortó leña para el sacrificio y se encaminó al lugar que le había indicado Dios. El tercer día levantó Abrahán los ojos y descubrió el sitio de lejos.

Y Abrahán dijo a sus criados: «Quedaos aquí con el asno; yo con el muchacho iré hasta allá para adorar, y después volveremos con vosotros.»

Abrahán tomó la leña para el sacrificio, se la cargó a su hijo Isaac, y él llevaba el fuego y el cuchillo. Los dos caminaban juntos.

Isaac dijo a Abrahán, su padre: «Padre.»

Él respondió: «Aquí estoy, hijo mío.»

El muchacho dijo: «Tenemos fuego y leña, pero, ¿dónde está el cordero para el sacrificio?»

Abrahán contestó: «Dios proveerá el cordero para el sacrificio, hijo mío.»

Y siguieron caminando juntos. Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levantó allí el altar y apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña.

Entonces Abrahán tomó el cuchillo para degollar a su hijo; pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: «¡Abrahán, Abrahán!»

Él contestó: «Aquí me tienes.»

El ángel le ordenó: «No alargues la mano contra tu hijo ni le hagas nada. Ahora sé que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, tu único hijo.»

Abrahán levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en una maleza. Se acercó, tomó el carnero y lo ofreció en sacrificio en lugar de su hijo. Abrahán llamó a aquel sitio «El Señor ve», por lo que se dice aún hoy «El monte del Señor ve.»

El ángel del Señor volvió a gritar a Abrahán desde el cielo: «Juro por mí mismo -oráculo del Señor-: Por haber hecho esto, por no haberte reservado tu hijo único, te bendeciré, multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de las ciudades enemigas. Todos los pueblos del mundo se bendecirán con tu descendencia, porque me has obedecido.»

Abrahán volvió a sus criados, y juntos se pusieron en camino hacia Berseba. Abrahán se quedó a vivir en Berseba.

Salmo

Sal 114 R/. Caminaré en presencia del Señor en el país de la vida

Amo al Señor, porque escucha
mi voz suplicante,
porque inclina su oído hacia mí
el día que lo invoco. R/.

Me envolvían redes de muerte,
me alcanzaron los lazos del abismo,
caí en tristeza y angustia.
Invoqué el nombre del Señor:
«Señor, salva mi vida.» R/.

El Señor es benigno y justo,
nuestro Dios es compasivo;
el Señor guarda a los sencillos:
estando yo sin fuerzas, me salvó. R/.

Arrancó mi alma de la muerte,
mis ojos de las lágrimas,
mis pies de la caída.
Caminaré en presencia del Señor
en el país de la vida. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 9,1-8

En aquel tiempo, subió Jesús a una barca, cruzó a la otra orilla y fue a su ciudad. Le presentaron un paralítico, acostado en una camilla.

Viendo la fe que tenían, dijo al paralítico: «¡Ánimo, hijo!, tus pecados están perdonados.»

Algunos de los escribas se dijeron: «Éste blasfema.»

Jesús, sabiendo lo que pensaban, les dijo: «¿Por qué pensáis mal? ¿Qué es más fácil decir: “Tus pecados están perdonados”, o decir: “Levántate y anda”? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados -dijo dirigiéndose al paralítico-: Ponte en pie, coge tu camilla y vete a tu casa.»

Se puso en pie, y se fue a su casa. Al ver esto, la gente quedó sobrecogida y alababa a Dios, que da a los hombres tal potestad.

Reflexión del Evangelio de hoy

La Fidelidad Es Exigente

Si apoyarse en Dios y fiarse de Él es tener fe, Abrahán fue un hombre de fe. Anciano y sin descendencia vive atento a las invitaciones y a las promesas de Dios : Le pide renunciar a su pasado: “Sal de tu tierra...” Dios le habla en la serenidad de la noche y le manda contar estrellas: “así será tu descendencia”. En el texto de hoy Dios le pide renunciar al futuro: “Toma a tu hijo, al que quieres, a Isaac...sacrifícalo”.

¿Para qué salir de la tierra?...¿Para qué contar estrellas?...¿Para qué creer en una descendencia numerosa? El sacrificio de Isaac es el momento más difícil de aquella serie de promesas que parecen desembocar en el fracaso más doloroso.

La fe de Abrahán sigue “esperando contra toda esperanza” y, aunque aparentemente, todo es una locura y una contradicción, él sigue confiando en el Dios de la vida, que no quiere la muerte de nadie y que cumplirá su promesa de fecundidad.

A veces, en nuestra Iglesia, tenemos el peligro de lamentarnos por “no ver descendencia”, de llorar la aparente esterilidad, sin escuchar la invitación de Dios a “salir de nuestra tierra”...a contar estrellas y a fiarnos de Él.

Crear es apoyarse en Dios que nos promete un final fecundo pero, es preciso “salir”.

Verdadera Parálisis

Resulta interesante observar a los personajes del Evangelio de hoy: el paralítico, sus amigos, los escribas y Jesús. El primero es un ejemplo de pasividad total. Atado a su camilla, ni se mueve, ni habla, ni pide, ni decide nada. Se deja llevar. Sus amigos son los que orientan su vida y optan por él. Le quieren bien y creen que Jesús es fuente de vida. Por eso lo llevan a Él.

Los escribas, “sentados”, se centran en la ley, creen conocer a Dios y son insensibles al dolor o a la felicidad del ser humano.

Jesús, por el contrario, se interesa por el hombre y, ante el escándalo de los escribas, perdona los pecados al tullido. Sabe que la verdadera parálisis está en el interior y es ella la que le impide caminar, elegir su camino y actuar. Jesús, con su fuerza liberadora, invita al enfermo a levantarse, a ponerse en pie, a liberarse de lo que paraliza su vida y a

recuperar su dignidad de hombre. Le manda coger su camilla, es decir, le anima a ser dueño de aquello que antes le esclavizaba, y le anima a mirar el futuro con valor. Por último le dice que vaya a su casa, que entre en sí mismo, en ese espacio sagrado donde Dios se dará a conocer.

Las palabras de Jesús se pueden dirigir a todos nosotros. El reto para la comunidad cristiana es despertar del letargo, desenmascarar los signos de muerte y ayudar a descubrir los signos de vida, potenciarlos y secundarlos. Ser lugar de ánimo y una invitación constante al ánimo, tratando de evitar el caer en el pesimismo que paraliza la responsabilidad.



Hna. Belén Eslava Vizcay

Dominica de la Enseñanza. Diplomada en Teología

Vie
3
Jul
2009

Evangelio del día

Decimotercera Semana del Tiempo Ordinario
Hoy celebramos: Santo Tomás, apóstol (3 de Julio)

“¡Señor mío y Dios mío!”

Primera lectura

Lectura de la carta de san Pablo los Efesios 2, 19-22

Hermanos:

Ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios.

Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor. Por él también vosotros entráis con ellos en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu.

Salmo

Sal 116, 1. 2 R/. Id al mundo entero y proclamad el Evangelio.

Alabad al Señor todas las naciones,
aclamadlo todos los pueblos. R/.

Firme es su misericordia con nosotros,
su fidelidad dura por siempre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 24-29

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían:

«Hemos visto al Señor».

Pero él les contestó:

«Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo».

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo:

«Paz a vosotros».

Luego dijo a Tomás:

«Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente».

Contestó Tomás:

«¡Señor mío y Dios mío!».

Jesús le dijo:

«¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto».

Reflexión del Evangelio de hoy

La piedra angular

San Pablo nos insiste en este pasaje, y en varios más, en algo que nuestra experiencia cristiana confirma rotundamente. Que todo “nuestro edificio” cristiano, todo nuestro seguir a Cristo, no lo construimos nosotros solos. Más bien, nosotros solos no podríamos levantar ni un metro de edificación. La piedra angular, aquella sobre la que se apoya

todo nuestro edificio, toda nuestra vida, es Cristo. “Sin mí no podéis hacer nada”. Si alguna vez hemos creído poder dar algún paso sin Cristo, hemos perecido en el intento. Experimentamos, de arriba abajo, las palabras de Jesús y de San Pablo. No hace falta que nadie nos las explique.

“Señor mío y Dios mío.

En un primer momento, Santo Tomás, el apóstol, nos cae un poco mal. ¿Cómo pudo ser tan exigente, tan desconfiado y no creer que Jesús había resucitado, ante la evidencia de sus compañeros, y pedir pruebas y pruebas? En un segundo momento, cuando nos hemos adentrado en nuestro seguimiento a Jesús, la figura de este apóstol ha ganado muchos enteros para nosotros. Nos sentimos reflejados en él, nos parece más cercano a nosotros que los “impecables”, que en realidad no existen, porque dioses no hay más que uno. También nosotros nos vemos acosados por debilidades, faltas de luz, zozobras en nuestra fe, incoherencias... como Santo Tomás. Con limpieza de corazón, hemos de acudir a Cristo Jesús, para pedirle que aumente y refuerce nuestra fe, nuestra confianza en Él, en sus palabras, en sus promesas. Él nos mostrará sus heridas, las heridas de su amor hacia nosotros, para que podamos confesar con Santo Tomás: “¡Señor mío y Dios mío!”.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Santo Tomás, apóstol

El apóstol Tomás aparece dentro de la homogeneidad del cuadro elegido por los sinópticos y por el libro de los Hechos (Mc 3, 13-19 y par.: Hch 1, 13) con alguna variante: emparejado casi siempre con Mateo y, en una ocasión (en el libro de los Hechos), con Felipe. Esta homogeneidad rompe el cuarto Evangelio por dos razones: en primer lugar, porque, a excepción de Felipe (Jn 1, 43), ninguno de los apóstoles es llamado directamente por Jesús; teniendo como punto de partida aquellos dos que le seguían, procedentes del discipulado del Bautista, y acuden a él invitados unos por otros. Y, en segundo lugar, porque el Evangelio de Juan toma aparte a alguna de las figuras sobre las que hace recaer un significado especialmente importante. Esto ocurre con Felipe, a modo de ejemplo, y sucede también con nuestro apóstol Tomás, el didimo- o mellizo, que es la traducción griega del nombre hebreo o arameo 'Tomás.

Vamos a morir con Él

Expondremos, en primer lugar, los aspectos destacados por el cuarto Evangelio a propósito de la figura que ahora nos ocupa. Aparece por primera vez en el último tramo de la vida de Jesús, cuando el maestro se decide a subir a Betania para -despertar- a Lázaro (Jn 11, 16). Los seguidores de Jesús manifiestan su desacuerdo ante la decisión que él les acaba de comunicar: -Los discípulos replicaron: "Maestro, hace bien poco que los judíos quisieron apedrearte. y a pesar de ello, ¿quieres volver allá?" La situación embarazosa creada por la decisión tomada por Jesús y los peligros que la misma entrañaba, según la valoración hecha por los discípulos, es superada gracias a la intervención de Tomás, que dice a sus compañeros: "Vamos también nosotros para morir con él"- (Jn 11. 16).

Este texto merece unas observaciones que juzgamos importantes:

Es la primera vez que el Evangelio de Juan habla del sufrimiento de los apóstoles a causa del seguimiento de Cristo. Nos hallamos ya muy próximos a los relatos de la pasión. Los discípulos deben familiarizarse con ella, al menos, oír hablar de un acontecimiento doloroso que constituirá el fin de la vida de Jesús. En los sinópticos, Jesús ya había hablado, y frecuentemente, de este final trágico; no así en el Evangelio de Juan.

¿Las palabras de Tomás tienen un sentido más allá de su apariencia, que consistiría en demostrar la lealtad y fidelidad al maestro en un momento tan difícil como el que se cernía sobre él? El interrogante se halla justificado por la interpretación que acaba de hacer Jesús de la muerte de Lázaro: Va a -despertar- -eufemismo que significa resucitar- a Lázaro y ello servirá para que vosotras creáis. No podemos suponer que Tomás comprendiese entonces lo que Jesús acababa de decir. Pero su intervención tiene una clara segunda intención, como lo demuestra el texto que analizaremos a continuación.

Muéstranos el camino

En el discurso de despedida afirma Jesús que ya saben el camino para ir donde él va. En este momento tiene lugar la segunda intervención de Tomás: Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo vamos a saber el camino? Jesús le respondió: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie puede llegar hasta el Padre, sino por mí..." La intervención de Tomás (Jn 14, 5-6), igual que la de Felipe (Jn 14. 8-10) y la de Judas (Jn 11, 22-24), en este capítulo de despedida, es funcional. Las preguntas que hacen tienen la finalidad de obligar a Jesús a pronunciarse con toda la claridad posible sobre temas decisivos. Ahí reside su funcionalidad. Los otros discípulos no sabían ni más ni menos que ellos. Estaban todos al mismo nivel. No sabían en absoluto de qué iba la cuestión. Se trata de los interrogantes que deben hacerse todos los discípulos o seguidores de Jesús.

La pregunta de Tomás, que es quien ahora polariza nuestra atención, tiene una profundidad singular: Los discípulos o, más bien, los seguidores de Jesús, y por consiguiente también Tomás, saben dónde va Jesús. A lo largo del Evangelio se halla claramente contestada su pregunta. La partida de Jesús es su retorno al Padre.

El desconocimiento del camino, afirmado por Tomás, lo manifiesta también Pedro: -Señor, ¿adónde vas...? ¿Por qué no puedo seguirte ahora...?- (Jn 13, 36-37). Estos seguidores de Jesús, que todavía no son discípulos -el verdadero discipulado de Jesús comienza con la fe en la resurrección y a partir de ella- están en el mismo error que los judíos: - ¿Adónde pensará ir este hombre...? ¿Pensará suicidarse? (Jn 35-36; 8, 22). Jesús ilumina aquella ceguera afirmando, para los que quieren ver, que la fe, el conocimiento del camino de la salvación, es el mismo que ha recorrido el Salvador. Sólo cuando el discípulo conoce el camino del enviado celeste -el retorno victorioso del mundo de los muertos a la plena luz de Dios- puede conocer su propio camino para escapar a la muerte.

El Salvador es, en su propia persona, el camino y la meta, la única posibilidad de acceder al Padre, porque él es el camino, la verdad y la vida. Fuera de él no existe ningún redentor, enviado o revelador.

¡Señor mío y Dios mío!

Evidentemente Tomás, en el momento de la vida terrena de Jesús, no pudo entender el significado tan profundo de estas palabras. Pero la “coacción”, que hizo a Jesús para explicarse de este modo fue la infraestructura sobre la que posteriormente construyó su fe. De momento, desconcierto absoluto, como lo pone de relieve la aparición del resucitado, en ausencia de Tomás, y las exigencias manifestadas a sus compañeros cuando le contaron que habían visto al Señor.

El evangelista subraya la identidad del resucitado con el crucificado. El testimonio de los ángeles, los encuentros y apariciones y, en especial, las exigencias de comprobación por parte de Tomás, son de sumo interés. De ellas se deduce que el resucitado y el crucificado son el mismo, aunque su forma de vida sea diversa. Ambos aspectos son igualmente importantes. De ahí las exigencias de ver y palpar los agujeros de las manos y del costado: insistimos en el interés del evangelista por certificar la identidad. Era imposible reconocer al resucitado: creen ver un fantasma; un viandante cualquiera, el jardinero. Estas apreciaciones subrayan la diversidad en su nueva forma de vida. La resurrección de Jesús no es la vuelta de un cadáver a la vida, sino la plena participación en la vida divina por un ser humano.

El contacto físico con el resucitado no pudo darse. Sería una antinomia. Como tampoco es posible que él realice otras acciones corporales que le son atribuidas, como correr, pasear, preparar la comida a la orilla del lago de Genesaret, ofrecer los agujeros de las manos y del costado para que sean tocados... Este tipo de acciones o manifestaciones pertenece al terreno literario y es meramente funcional: se recurre a él para destacar la identidad del resucitado. del Cristo de la fe, con el crucificado, con el Jesús de la historia.

También intenta poner de relieve el autor del cuarto Evangelio la confesión adecuada de la fe cristiana al citar las palabras de Tomás: Señor mío y Dios mío. Tomás es presentado como representante de los que no quieren creer sin ver. Vencida su incredulidad, el evangelista nos lo presenta como modelo de fe. Son sus palabras las que recogen la auténtica confesión de la fe cristiana. En sus palabras, el Evangelio de Juan alcanza su cota más elevada: el reconocimiento de Jesús como Señor y Dios. Con esta claridad sólo se había hablado en el prólogo: la Palabra era Dios (Jn 1, 1). De esta forma todo el Evangelio queda -incluido- nos referimos a la figura literaria llamada “inclusión”, por repetir al principio y al fin lo que es desarrollado en el medio entre ambos- entre estas dos afirmaciones o confesiones de fe. El protagonista es el Hijo de Dios, y la fe descubre esta realidad en un ser humano como nosotros. Él es la última y definitiva intervención de Dios en la historia.

Hechos y Evangelio de Tomás

En el terreno de la hagiografía legendaria merecen especial mención las Actas o Hechos de Tomás, compuestas probablemente en la segunda mitad del siglo tercero en Edesa (Mesopotamia), centro importante del cristianismo en el Oriente. Nos cuentan la predicación de Tomás en Siria, Persia y la India, donde habría sufrido el martirio en Calamina. Los actuales cristianos de rito malabar en la India se precian de haber sido evangelizados por Tomás. En dichas Actas se intentaba justificar los pensamientos gnósticos con la autoridad apostólica. En forma novelada nos cuentan la conversión del mundo material en espiritual. Las influencias gnósticas se encuentran especialmente en las partes poéticas. Pueden ser utilizadas para la reconstrucción del contexto teológico-religioso de la época.

En cuanto al Evangelio de Tomás fue descubierto en el gran complejo de una biblioteca gnóstica el año 1946 en Nag Hammadi (Egipto). Está compuesto por una colección de 114 palabras-sentencias-parábolas de Jesús. En su versión griega se remonta al siglo II. Es claramente de tendencia gnóstica y surgió sobre la base de otras corrientes literarias menos gnósticas. Entre ellas habría que contar con alguna otra colección como la atribuida a Santiago, el hermano del Señor, y otra fuente semejante a la O, presente en los Evangelios de Mateo y de Lucas, y con referencias a las padres de la Iglesia, a los evangelios apócrifos... Su contenido: bienaventuranzas, ayes o imprecaciones, diálogos, parábolas, duplicados, es interesante para la comparación con los Evangelios canónicos frente a los cuales ofrecen variantes importantes. Éstos influyeron, sin duda, en aquél.

Felipe F. Ramos

Sáb

4

Jul

2009

Evangelio del día

Decimotercera Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

“No se echa vino nuevo en odres viejos”

Primera lectura

Lectura del libro del Génesis 27, 1-5. 15-29

Cuando Isaac se hizo viejo y perdió la vista, llamó a su hijo mayor: «Hijo mío.»

Contestó: «Aquí estoy.»

Él le dijo: «Mira, yo soy viejo y no sé cuándo moriré. Toma tus aparejos, arco y aljaba, y sal al campo a buscarme caza; después me guisas un buen plato, como sabes que me gusta, y me lo traes para que coma; pues quiero darte mi bendición antes de morir.»

Rebeca escuchó la conversación de Isaac con Esaú, su hijo. Salió Esaú al campo a cazar para su padre. Rebeca tomó un traje de su hijo mayor, Esaú, el traje de fiesta, que tenía en el arcón, y vistió con él a Jacob, su hijo menor; con la piel de los cabritos le cubrió los brazos y la parte lisa del cuello. Y puso en manos de su hijo Jacob el guiso sabroso que había preparado y el pan.

Él entró en la habitación de su padre y dijo: «Padre.»

Respondió Isaac: «Aquí estoy; ¿quién eres, hijo mío?»

Respondió Jacob a su padre: «Soy Esaú, tu primogénito; he hecho lo que me mandaste; incorpórate, siéntate y come lo que he cazado; después me bendecirás tú.»

Isaac dijo a su hijo: «¿Qué prisa te has dado para encontrarla!»

Él respondió: «El Señor, tu Dios, me la puso al alcance.»

Isaac dijo a Jacob: «Acércate que te palpe, hijo mío, a ver si eres tú mi hijo Esaú o no.»

Se acercó Jacob a su padre Isaac, y éste lo palpó, y dijo: «La voz es la voz de Jacob, los brazos son los brazos de Esaú.»

Y no lo reconoció, porque sus brazos estaban peludos como los de su hermano Esaú. Y lo bendijo.

Le volvió a preguntar: «¿Eres tú mi hijo Esaú?»

Respondió Jacob: «Yo soy.»

Isaac dijo: «Sírvenme la caza, hijo mío, que coma yo de tu caza, y así te bendeciré yo.»

Se la sirvió, y él comió. Le trajo vino, y bebió.

Isaac le dijo: «Acércate y bésame, hijo mío.»

Se acercó y lo besó.

Y, al oler el aroma del traje, lo bendijo, diciendo: «Aroma de un campo que bendijo el Señor es el aroma de mi hijo; que Dios te conceda el rocío del cielo, la fertilidad de la tierra, abundancia de trigo y vino. Que te sirvan los pueblos, y se postren ante ti las naciones. Sé señor de tus hermanos, que ellos se postren ante ti. Maldito quien te maldiga, bendito quien te bendiga.»

Salmo

Sal 134 R/. Alabad al Señor porque es bueno

Alabad el nombre del Señor,
alabadlo, siervos del Señor,
que estáis en la casa del Señor,
en los atrios de la casa de nuestro Dios. R/.

Alabad al Señor porque es bueno,
tañed para su nombre, que es amable.
Porque él se escogió a Jacob,
a Israel en posesión suya. R/.

Yo sé que el Señor es grande,
nuestro dueño más que todos los dioses.
El Señor todo lo que quiere lo hace:
en el cielo y en la tierra,
en los mares y en los océanos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 9, 14-17

En aquel tiempo, se acercaron los discípulos de Juan a Jesús, preguntándole: «¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?»

Jesús les dijo: «¿Es que pueden guardar luto los invitados a la boda, mientras el novio está con ellos? Llegará un día en que se lleven al novio, y entonces ayunarán. Nadie echa un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto y deja un roto peor. Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos, porque revientan los odres; se derrama el vino, y los odres se estropean; el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así las dos cosas se conservan.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Llama la atención que la Palabra de Dios comience hoy con un explícito engaño, a saber, siendo Esaú el depositario legítimo de la bendición de su padre Isaac, es el hijo menor quien la recibe. Jacob, inducido por su madre Rebeca, y aprovechando la ceguera del padre, se hace pasar por su hermano mayor disfrazándose con piel de cabrito. Por si fuera poco el capítulo 25 nos narra la astucia de Jacob que, sacando partido del hambre de su hermano, consigue los derechos de primogenitura a cambio de un plato de lentejas. Lo curioso de todo esto es que en ningún momento el libro del Génesis condene estas dos burlas.

¿Puede la Palabra de Dios aprobar el engaño y la falta de honradez de un hermano frente a otro?; ¿no chirrían estas narraciones con un Dios celoso de la justicia y amante del corazón limpio del ser humano?

Quizá el centro de atención de estos textos patriarcales no sea tanto la trama, mejor o peor intencionada, de los personajes, cuanto el verdadero interés que mueve a Jacob por acoger y disfrutar la misericordia y la vida llena de bendiciones que Dios le brinda. Lo importante no es si Jacob cumple con el papel que le ha tocado jugar en la vida, sino el lugar que quiere ocupar frente a su Dios.

A Jesús y a sus discípulos les pasa algo parecido. Tampoco cumplen con lo reglado. Es por eso que son llamados al orden por los fariseos: ¿Por qué nosotros sí ayunamos y tus discípulos no lo hacen? Jesús no se entretiene en profundas razones y responde desde la más sencilla evidencia: no pueden guardar luto los invitados a la boda.

Vivir desde la presencia y la vida de Dios es toda una aventura, una experiencia a la que a veces no se accede desde el camino convencional ni desde las pautas ya marcadas. Dios es imprevisible, Dios ilusiona, Dios arrebatada y cautiva el corazón del que sueña con algo diferente. Es esta, sin duda, la experiencia de los primeros seguidores de Jesús que, dejándolo todo, le siguieron. Es ésta la experiencia de todos aquellos, hoy santos, que se arriesgaron a volar porque se dejaron seducir por Dios.

Esaú cometió un profundo error, vender su primogenitura. Su falta de talento y de interés lo apartó hacia lo convencional, hacia lo esperado, hacia la falta de vida. Tras este episodio apenas sabemos nada más de él, el libro del Génesis lo condena al silencio.

Y nosotros nos preguntamos, cuánto de vida nos estaremos perdiendo muchos cristianos por conformarnos con un simplemente apetecible plato de lentejas.



Comunidad El Levantazo
Valencia

El día **5 de Julio de 2009** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).